



LOS CONTEMPORÁNEOS, EDITORES: EL CASO DE LA REVISTA *EXAMEN* DE JORGE CUESTA

Ricardo Cadena Solís
(Universidad Autónoma de Puebla)

Resumen. Estas páginas explican la labor de los jóvenes escritores mexicanos conocidos como los «Contemporáneos», quienes, durante las primeras décadas del siglo XX realizaron una prolífica obra como editores de revistas literarias. Desde *Revista Nueva* hasta *Contemporáneos*, cada una de esas publicaciones fue un trabajo valioso que dio realce a la literatura nacional, en un país con disputas y desacuerdos surgidos tras la culminación de la Revolución Mexicana. Después de esa explicación, el texto se centra en el caso particular de *Examen*, la revista editada por Jorge Cuesta, la cual fue demandada por otros diarios por «conducta inmoral» y se convirtió en el centro de peleas y discusiones sobre la libre expresión y los actos represivos.

Abstract. These pages explain the labor of the young mexican writers best known as the «Contemporáneos», who, during the first decades of XX century, did a prolific work as literary magazines' editors. From *Revista Nueva* to *Contemporáneos*, each of those publications was a valuable work that enhanced the national literature, in a country in the middle of disputes and disagreements that arose after the end of the Mexican Revolution. After that explanation, the paper focus on the singular case of *Examen*, a magazine edited by Jorge Cuesta, which was sued by others journals for «immoral behavior» and became in the place of quarrels and discussions about the free expression and repressive acts.

Palabras clave. Contemporáneos, Jorge Cuesta, revista *Examen*, Literatura mexicana

Keywords. Contemporáneos, Jorge Cuesta, Examen magazine, Mexican literature

1. *Preámbulo*

En una época propensa a las querellas literarias y a los enfrentamientos políticos y generacionales en México, Jorge Cuesta ejerció la crítica más seria, la más apegada al libre pensamiento y alejada de todo posible beneficio que de ella pudiera resultar. El rigor intelectual era su premisa y a él se dedicó a lo largo de su obra; sus ideas eran producto de una mente prodigiosa al servicio del debate y la conversación, de la reflexión y la escritura.

Muy joven conoció a Gilberto Owen y entabló con él una profunda amistad personal e intelectual; más tarde tomó contacto con Xavier Villaurrutia y Salvador Novo. Aquellos muchachos, escritores principiantes, formaron parte de una generación renovadora de las letras mexicanas surgida en la segunda década del siglo XX: los Contemporáneos. Cada uno de ellos hizo una obra intensa, propia, a ritmos distintos y con temática variada, aunque el rigor crítico fue el concepto común a todos. Es indudable que Cuesta jugó un papel determinante en esa filosofía de creación, ideada en las largas conversaciones de café en aquellos años políticamente convulsos en la Universidad y la Escuela Nacional Preparatoria, sus centros educativos; años en que el rigor profesional no era precisamente un principio del trabajo y el arte mexicanos, pues este concepto se había alejado del medio literario nacional desde la culminación de las labores del Ateneo de México en plena Revolución Mexicana.

Este asunto los ocupó tanto en su obra bibliográfica como también en su labor como editores de revistas literarias, aunque esta actividad no integró a la totalidad del «grupo», sino que los segmentó en pequeñas trincheras de creación, según sus afinidades literarias: Novo y Villaurrutia, Cuesta y Owen, y más allá los de mayor edad, como Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo y José Gorostiza. Unidos en algunas ocasiones, sobre todo en cuestiones de coincidencia en cursos escolares, aunque separados por ciertos gustos y preferencias.

2. *La revista, foro de la juventud intelectual*

Desde muy temprano habían participado, ya sea como colaboradores, ya en ciertas labores editoriales, en algunas publicaciones de la capital mexicana, como la revista *México Moderno* o *El Universal Ilustrado*, pero aún no experimentaban la responsabilidad de cargar con toda una edición. Los Contemporáneos de mayor edad habían tenido acercamientos a dicha tarea en una publicación de poca relevancia llamada *Revista Nueva*, dirigida por José Gorostiza y Enrique González Rojo en 1919 (Sheridan, G. 1993: 70) que vivió dos

números a mitad de año, y que era una continuación del tardío modernismo que encabezaba en México Enrique González Martínez.

Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano, también de esa misma guardia, conformaron una dupla en la dirección y realización (los Contemporáneos se ocuparon de la dirección y edición de sus publicaciones, aunque la palabra «editor» no era muy común en la época, sino «encargado») de una revista con un proyecto más sólido que el anterior: *La Falange* (1922-1923), que se definía como «Revista de Cultura Latina» y en la que imperaba el asunto nacionalista combinado por los intereses literarios europeos de sus creadores. Dividida en dos periodos de publicación –pues Torres Bodet afirma que la muerte de su padre provocó la interrupción temporal de la edición, retomándola meses después–, esta revista acogió ya, por breve tiempo, a Xavier Villaurrutia y a Salvador Novo como colaboradores. El número primo se publicó en diciembre de 1922, y fue mensualmente consecutiva hasta febrero de 1923; la segunda época inició en julio de ese año y finalizó, aproximadamente, en octubre. De ella, Torres Bodet recordaba:

Según lo declaramos desde un principio, *La Falange* no pretendía actuar como un órgano de cenáculo y no intentaba combatir contra nadie, sino en pro de algo. A pesar de lo dicho, no dejó de pensarse que el nombre –tan militar– con el cual la editábamos, y la portada de Adolfo Best, en la que tres figuras sostenían una sola y tremenda lanza, eran ya ostentación de un espíritu de violencia. (*La Falange* 1980: 8)

En el otro extremo, el de los Contemporáneos más jóvenes, el primer proyecto de gran magnitud fue *Ulises. Revista de curiosidad y crítica*, que Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Gilberto Owen habían creado como el ágora de sus inquietudes; en ella, los tres integrantes de planta y sus colaboradores exponían los quehaceres juveniles que su corta carrera les imponía. El nombre de la revista indicaba la vocación que la encauzaba: no era una revista de vanguardia, sino una revista de actualidad, un proyecto personal, el timón que guiaba a estos jóvenes en su constante búsqueda de lo nuevo, sobre todo lo novedoso que ocurría en el mundo y que en México era casi desconocido. Sus seis números publicados entre mayo de 1927 y febrero de 1928 demostraron a la intelectualidad mexicana cómo una revista podía romper la línea de lo tradicional y mantener la valía. *Ulises* fue un espacio seguro de escritura para sus colaboradores y de expresión para los pintores amigos del grupo, como Agustín Lazo, Roberto Montenegro y Julio Ramos. Allí, Salvador Novo adelantó fragmentos de su *Return Ticket*, que editaría como libro en 1928, y Owen fue ofreciendo algunos capítulos de su *Novela en forma de nube*, o *Novela como nube*, a partir del número 2, mientras que Villaurrutia fue perfeccionando la sección «El curioso impertinente». El primer número puede catalogarse como el más

contemporáneo y el de perfil más europeo; aparecieron poemas de Max Jacob y un relato de Massimo Bontempelli. En el número 2 colaboró Carlos Pellicer con su poema «Exágonos», y destaca además una pieza musical de Carlos Chávez. Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet hicieron su aparición en el número 3: el primero con su poema «Pececillos rojos» y el segundo con el poema «Domingo». Es también más que curiosa la participación de Diego Rivera con algunos óleos en el número 5, correspondiente a diciembre de 1927, pues ya para ese entonces no tenía buena relación con los dirigentes de la revista, a quienes ridiculizó en uno de sus murales.

Los dos primeros números fueron mensualmente consecutivos, pero a partir del número de junio la publicación se volvió bimestral. En la última, la del mes de febrero de 1928, solo Xavier Villaurrutia figuró en los créditos de edición, y se informaba de la salida temporal de Salvador Novo de la dirección de *Ulises*, tal vez por la gran demanda laboral de su puesto en Educación Pública.

Después vino el proyecto más conocido, por ser el de más larga duración: la revista *Contemporáneos*, de la cual la crítica tomó el nombre para bautizarlos como grupo. *Contemporáneos, revista mexicana de cultura*, fue un proyecto pensado y repensado largo tiempo por sus creadores: Bernardo Ortiz de Montellano, Jaime Torres Bodet y Enrique González Rojo, hasta el momento en que Bernardo Gastélum, reconocido burócrata, financió los primeros números a partir de junio de 1928.

En esta empresa editorial el esfuerzo fue grande. La dedicación y el esmero dieron como resultado una revista –minoritaria, desde luego–, que englobaba todos los postulados, nunca escritos pero sí ejercidos, que los Contemporáneos habían manifestado desde sus inicios, y que explica Víctor Díaz Arciniega:

Aunque nunca formuladas ni explicadas como «propuestas», los Contemporáneos señalan: *a)* partir del criterio de rigor crítico y autocrítico; *b)* huir de las doctrinas y manifiestos propositivos; *c)* exigir una consagración a la literatura como un acto de fe y como una profesión; *d)* renegar de los falsos ídolos y de los programas; *e)* combatir chauvinismos y pugnar por una curiosidad cultural sin fronteras geográficas; *f)* ahondar en la sensibilidad e inteligencia íntima como objeto de estudio y como razón de ser; *g)* profundizar la mirada en lo circunstante para rebasar la estrechez anecdótica y ornamental; *h)* demandar rigor formal para que la expresión artística sea en función de sí misma y no de su circunstancia o «contenido»; *i)* abolir los localismos pintorescos, los prejuicios moralistas y las proclividades redentoras; *j)* volver a lo mexicano para recuperar lo que tiene de universal; *k)* reconsiderar crítica y creativamente la historia

nacional pasada y presente para construir con ella una tradición que sigue viva y que posee el arte (Díaz Arciniega V. 1989: 97).

Aunque la revista unió a medias a todos los integrantes de *Contemporáneos* y fue vital para las letras de la segunda mitad de la década de 1920, poco a poco perdió la frescura de sus primeros números, abandonada periódicamente por sus fundadores debido a las labores de la vida diaria. Era, sin embargo, una revista sólida, tanto por sus colaboraciones como por su diseño. «*Contemporáneos* era, para los estándares de las revistas de circulación limitada en México, una publicación sumamente lujosa que no escatimaba gastos que, bajo un criterio estrecho, hubieran resultado onerosos» (Sheridan G. 1993: 326). Salvador Novo, en tono humorístico, escribía en un artículo: «La *Revista de Occidente* mexicana, o sea *Contemporáneos*, se encuentra consecuentemente falta de contribuciones importantes» (Novo S. 1999: 306) comparándola, como tantos otros, con la famosa revista española.

Después de la partida de Bernardo Gastélum, Genaro Estrada se encargó del mecenazgo para la publicación. Esta, que era mensual, se volvió bimestral a partir del número 38-39, de julio-agosto de 1931. Aun así alargó su existencia hasta diciembre de 1931, cuando fue imposible sostenerla más¹. Es curioso conocer que Ortiz de Montellano, quien se había quedado solo en la dirección tras la partida de sus amigos, en un esfuerzo por mantenerla en pie, manda una carta a Alfonso Reyes a Río de Janeiro, fechada el 12 de febrero de 1932, con una propuesta de rescate heroico. Sobre este asunto, Reyes le comenta a Pedro Henríquez Ureña en su misiva del 6 de marzo de ese año:

Contemporáneos está para morir, con la salida de Genaro Estrada de México, y Ortiz de Montellano me proponía un plan quimérico, para hacer cuatro números al año, uno en México, dirigido por él, otro de Estrada en Madrid, otro de Torres Bodet en París, y otro mío acá, cada uno costado por el que lo hiciera. Tú comprendes que esto no sirve para nada ni es siquiera factible [...] (*Contemporáneos I* 1981: XI)

3. La labor de Jorge Cuesta

Sin embargo, aunque estos proyectos habían sido producto del grupo, Jorge Cuesta no había participado en las labores editoriales de las revistas; su presencia no se asomó en los trabajos de *Ulises* y solo publicó un poema, y en *Contemporáneos* participó casi nada. Su inteligencia y disposición al ejercicio del

¹ En medio de *Ulises* y *Contemporáneos*, por su cuenta, Celestino Gorostiza, hermano de José Gorostiza pero que no es incluido en el grupo directamente, dirigió en 1930 la revista *Escala*, que merece un texto dedicado a ella.

debate, de la crítica y la reflexión exigían un lugar propio, el templo de sus disertaciones donde la inteligencia descollara en toda su magnitud, y ese sitio preponderante, ese refugio oculto –a la vez que una vitrina de cristal, expuesta a las piedras sueltas de la calle–, fue la revista *Examen*. La vida de esta publicación, como de todas aquellas que dependían de los recursos particulares de sus realizadores, pendería de hilos muy delgados y tal vez perecería al poco tiempo de nacer, pero el tiempo, corto o largo, que ella viera la luz de la vida, sería fructífero, y aún más: *Examen* estaría plenamente al servicio de la moral de Cuesta, esto es, tendría la libertad intelectual que más bien pocas habían tenido, y esa libertad intelectual estaría soportada en las fuertes columnas del más alto raciocinio.

La revista *Contemporáneos* había perdido el lustre cuando sus objetivos iniciales cayeron en el sopor. Enrique González Rojo había escrito en noviembre de 1930:

Si alguna cosa se advierte en *Contemporáneos*, de más de un año a esta parte, es la falta de doctrina, de designios, de direcciones. Al principio, antes del viaje de tres de nosotros, era una revista de grupo y hoy no es ni de un solo grupo ni de todos los grupos, ni de una sola tendencia ni de todas las tendencias (*Ulises* 1980: 296).

Esto no pasaría con *Examen. Revista mensual de literatura*, que apareció en agosto de 1932 con una edición pagada por su propio director, Jorge Cuesta, y colaboradores cercanos, principalmente el escritor Samuel Ramos. Más bien, trataría de mantener el apogeo y la calidad que su antecesora tuvo en sus primeros números. Así comenzó la corta historia de la revista que depuró el trabajo literario de *Contemporáneos*, esta vez bajo el timón perspicaz de Cuesta, un guía que reafirmó su compromiso con una literatura desinteresada al servicio de un arte sin ataduras ni favoritismos.

Este trabajo editorial no debe pasar desapercibido por la historia de la literatura. Su valor intelectual toma un camino diferente al del escándalo que se desató a raíz de la demanda puesta en su contra y el incansable debate al que dio pie este proceso, aunque al final ambas rutas se unan para sacar conclusiones en conjunto. *Examen* fue una revista que publicó solamente tres números; fue brevísima, pero suficiente para reavivar el «estira y afloja» de las disputas entre grupos. Si en 1925 el debate sobre el «afeminamiento de la literatura nacional» había llenado bastantes páginas con opiniones heterogéneas, algunas reflexivas, otras mordaces y otras tantas absurdas, por los años en que se publica *Examen* la disputa había reaparecido, ahora bajo el tema del nacionalismo en el arte mexicano.

Mas la idea de Cuesta sobre la línea de la revista era otra: era la de ejercer la crítica y proponer el debate razonado, era la crítica pura. La razón y la libre

expresión dominaban sus pliegos, y para advertir ello solo bastaba revisar el índice de su primer número:

Carlos Díaz Dufóo, Jr.- por Julio Torri
Diálogo- por Carlos Díaz Dufóo, Jr.
Música en la noche- por Aldous Huxley
Psicoanálisis del mexicano- por Samuel Ramos
La pintura superficial- por Jorge Cuesta
Segundo amor, poemas- por Salvador Novo
Cariátide, novela- por Rubén Salazar
Notas críticas de Jorge Cuesta y Rubén Salazar

Destacaba en este número el texto de Aldous Huxley. Salvador Novo colaboró para esta ocasión –la única vez que publicaría en la revista– con cuatro poemas que formarían parte de lo que al año siguiente sería el libro *Nuevo Amor*, la mejor pieza de su obra poética. El ensayo de Cuesta, en el centro del ejemplar explicaba las características de la obra de Agustín Lazo. Allí mismo, Samuel Ramos publicó la primera parte de un estudio sobre la psicología del mexicano que comenzó a herir susceptibilidades. Aquel era una explicación sobre lo que Ramos describía como un sentimiento de inferioridad del mexicano, para sí y para el exterior; lo desdoblaba como un ser resentido que mantenía una doble personalidad, una real y otra ficticia. Por otra parte, *Cariátide* era la novela que Rubén Salazar presentó en su primera entrega como un adelanto de lo que sería un libro. Era una historia segmentada que tenía como personajes a militantes comunistas y describía sus actividades en pro de la causa y del partido, en medio de un ambiente hostil que nada envidiaba a la realidad social de la época.

Para el segundo número la línea continuó intacta. Apareció un admirable ensayo de Julien Benda, «Las pasiones políticas»; Samuel Ramos presentó la segunda parte del estudio sobre el mexicano, al igual que Rubén Salazar Mallén hacía lo propio con «Cariátide». Otros Contemporáneos publicaron en este ejemplar: había un texto de José Gorostiza, una reseña de Xavier Villaurrutia y otra más de Celestino Gorostiza. Cuesta, por su parte, presentó «Música inmoral», la crítica sobre el sentido mercenario que la música mexicana había tenido, en virtud de obedecer a líneas que gustan, dentro de lo que Cuesta llama la «música moral», y su defensa sobre el trabajo de Higinio Ruvalcaba: «Nuestros músicos, revolucionarios y académicos, han preferido ser moralistas a ser músicos. En un lugar donde la música falta han creído servirle haciendo que ella sirva a lo que la recomienda, y solo han encontrado que la recomienda su moralidad» (*Antena* 1980: 295).

A partir de allí, y para sorpresa de quienes hacían la revista, la vida tornó su camino planeado. *Excelsior* presentó una queja contra la publicación en su edición del 19 de octubre de 1932, y por ende, la denunciaba a las autoridades.

Atacaba específicamente al número 2 de *Examen*, y particularmente el fragmento aparecido de *Cariátide*, la novela de Salazar Mallén: por el lenguaje utilizado la tachaba de inmoral y pedía a las autoridades de la Procuraduría de Justicia retirar los ejemplares de la revista y consignar a los responsables «porque se trata de un verdadero delito y de poner a salvo la moralidad y la decencia, gravemente ofendidas», decía *Excelsior* en su edición del 20 de octubre. Se inició un ataque de aquel periódico contra *Examen*. A la par, *El Universal* y *El Nacional* también apoyaron el ataque a partir del 20 de octubre, lo mismo que *El Machete*, la publicación del Partido Comunista Mexicano. La revista no apareció ese mes. Su número 3 fue recorrido hasta el 20 de noviembre. Ese ejemplar dedica varias páginas al caso; ya no apareció el fragmento correspondiente de *Cariátide*, aunque en su publicidad final se anunciaba la próxima aparición de la novela en su formato de libro, con prefacio de Jorge Cuesta e ilustraciones fotográficas de Manuel Álvarez Bravo.

Desde luego, este ataque obedecía a intereses políticos y no «morales». Los artículos de Samuel Ramos enfadaron al Estado, encabezado por Plutarco Elías Calles y su representante en turno en el gobierno, el recién nombrado presidente Abelardo Rodríguez; además, la trama de *Cariátide* y el perfil de sus personajes enfadaron a la gente de la izquierda. El odio sumó facciones y el impulso de las altas esferas de gobierno no dio tregua al escarnio. La forma ideal de la ofensiva contra *Examen* fue mediante la prensa, *Excelsior* específicamente en un principio, ya que la «libertad de expresión» no podía ser suprimida así como así por el aparato gubernamental. Estos caminos adyacentes de la represión dieron como resultado la requisición de Cuesta y Salazar Mallén ante los tribunales, y el inicio de una disputa entre la justicia y una revista que no volvió a aparecer.

La justificación de la disputa era, como ya se dijo, el daño a la moral por el «lenguaje soez» en que incurría *Cariátide*, «palabras vulgares» que dañaban la decencia de la sociedad mexicana –aunque la acusación se extendió a la revista por entero, y a todos sus redactores. A esto se añade que aquellos eran trabajadores de la Secretaría de Educación Pública, hecho que acrecentó la presión sobre su titular Narciso Bassols, tal y como el propio Cuesta lo apuntó en sus «Comentarios Breves».

Ajenos a la querrela en proceso, en el número 3 de *Examen* aparecieron «Poemas en prosa» de Julio Torri, la prosa poética de Luis Cardoza y Aragón «El martirio de San Dionisio (según la alondra y el caracol)», y la semblanza «Un escritor mexicano», de Mario Puccini, sobre la obra de Mariano Azuela. Cuesta, por su parte, apegándose al problema judicial, publicó dos ensayos: «La política de la moral» abría el ejemplar y en él explicaba el proceso del que su revista estaba siendo objeto; hacía una defensa de la libertad crítica de *Examen*, alejada de todo favor externo, y sobre *Cariátide* argumentaba su apego a un realismo de que su autor dotaba a los personajes –lo cual era verdad, pues los diálogos de

dicha novela no equivocan en nada el estilo del habla popular que diariamente se escucha en las calles de México-, aunque en un ataque directo a sus detractores, tal vez Cuesta sobrepasaba su propia medida crítica al hablar sobre la calumnia del diario:

No creo que haya nada sorprendente en esta acción periodística. No puede exigirse al periodista que respete lo que no está acostumbrado a encontrar en su periódico; una literatura desinteresada. Pero no creo que debe merecer la indiferencia de los espíritus más nobles que este vulgar escándalo, propio de la incultura de quienes se ganan la vida con ella, haya podido tener relaciones políticas (*Antena* 1980: 303-304).

Más adelante, recobrando la serenidad y explicando la ascensión de algún tipo de periodismo a la categoría de «fuerza política» y de la utilización de esta por el gobierno, decía: «Esto significa, indudablemente, que no es muy abundante la fuerza política real de quienes se encuentran en la necesidad de recurrir a semejantes armas» (*Antena* 1980: 304).

El otro ensayo, «La política de altura», atañe al desinterés y al rigor que son principios fundamentales de la política. Critica el concepto de «deshumanización del arte» expuesto por Ortega y Gasset en 1925, y cómo este mismo no ha sido aplicado a otras disciplinas como la ciencia o la historia, o incluso a la política, y defiende la postura de una disciplina alejada de lo humano para lograr el desinterés y el rigor necesarios para que esta alcance un sentido auténtico. Acercar a lo humano la política o la ciencia es solo un método de volverlas populares, de hacerlas asequibles al vulgo, de satisfacer necesidades inmediatas. Es este el camino que ha tomado la política, sobre todo con ideologías en boga, como las de izquierda. El camino para Cuesta es a la inversa, es devolver la pureza a la política mediante el rigor y el desinterés por beneficio alguno, a fin de conseguir la utilidad de la «política de altura», un concepto que atribuye a José Manuel Puig Casauranc, secretario de Educación Pública durante el gobierno de Plutarco Elías Calles y también durante un tiempo del mandato de Pascual Ortiz Rubio.

La última parte del número estuvo destinada a la sección «La consignación de Examen. Opiniones y Comentarios», dividida en tres partes: once opiniones de personalidades intelectuales mexicanas, Extractos de prensa y Comentarios Breves –hechos por el propio Cuesta. Aquellas voces fueron las últimas que salieron de la redacción de la revista, pero el pleito comenzaba apenas. La absolución de los responsables por el juez correspondiente dio paso a otras instancias en las que la presión en contra de los acusados fue abrumadora, y que solamente concluyó cuando los inculpados fueron cesados de sus labores en la SEP, pues la postura de la revista y las ideas que sus páginas cobijaban, estaban

al otro extremo del valle de las que el Estado esgrimía. Una vez sucedido esto, el enfrentamiento se convirtió en archivo muerto.

4. Consideraciones sobre Examen

La vida breve de *Examen* bastó para advertir la extensa capacidad de Cuesta como editor, pues aunque esta faceta ya se había notado en su trabajo con la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928), en ella estaba la mano de otros más de sus compañeros y amigos. Pudiera decirse que *Examen* era un proyecto renovador de *Contemporáneos*, pero la sustancia de esos tres números publicados dan fe de que el hijo superaría, sin duda, al padre, si el destino hubiera sido mucho más benévolo con él. Porque en *Examen* se lee el manifiesto ético y profesional que tuvo Cuesta en su también corta existencia en este mundo, y siguió una senda crítica –palabra fundamental esta última– que no tuvo su antecesora ni bajo la guía de Jaime Torres Bodet ni tampoco bajo la de Bernardo Ortiz de Montellano. Decía Alfonso Reyes que una revista literaria es una pequeña antología de prosa y poesía, pero *Examen* tomó su camino propio y, además de una gran inclusión en sus páginas de importantes poemas, tanto en verso como en prosa, expuso la importancia fundamental del ensayo. Su objetivo no era ser un simple compendio de textos; era abrir un diálogo consigo misma y con sus lectores. *Cariátide*, por su parte, fue la representante de la novela; pero no de una prosa suave, sino del intento por hacer un retrato fidedigno, y entre sus líneas estaba el discurso crítico que conseguía embonar con el perfil de los ensayos mencionados. Este fue el gran mérito de Cuesta y de sus colaboradores al mismo tiempo que la causa de su extinción.

El mérito de hacer crítica libre tiene el riesgo perpetuo de la represión. Esta, en mayor o menor medida, cumple sus objetivos con base en los métodos que ocupe para tal cosa; no hay gradación establecida para esperar uno u otro método de acuerdo al tipo de crítica que se ejerza sobre ciertos asuntos, sin embargo, el hecho represivo siempre estará en el nivel de la intolerancia.

La represión es, muchas veces, el primer síntoma que advierte un testigo ajeno al asunto en cuestión. Pero, ¿qué pasa cuando volteamos la cara y observamos las causas, el origen de esos actos? Allí sí hay una escala amplia con múltiples nichos donde colocar lo hallado. Es difícil hablar de *Examen* sin dejar de mencionar –a veces reiteradamente– su sentido crítico desinteresado (en el sentido que le daba Cuesta a esta palabra), pues vale advertir los límites y alcances de esta actividad. Hablo de una crítica en comunión con el respeto, con una congruencia ética y dispuesta al debate, y en ese sentido el acto represivo es más sorprendente cuando este parte de un interés particular, que nada tiene que ver con justicia y con un contraataque cimentado en los moldes de la prudencia,

sino que utiliza máscaras de legalidad para lograr fines muy apartados de su petición pública. Cuesta comenta:

Por arriba de *Examen*, en las librerías, se venden las obras de centenares de escritores –famosos e ignorados, y entre los ignorados muchísimos famosos– que usaron el mismo o peor lenguaje que Salazar Mallén en *Cariátide*. La justicia, que solo es tal en la medida en que se aplica a todos, ¿no va a impedir la venta de esas obras? Tenemos una fe ciega en que, por fortuna para la cultura de México, no la impedirá. ¿Pero entonces por qué se podría condenar a *Examen*? (*Antena* 1980: 325).

Por lo tanto, una acusación de este jaez no puede estar más alejada de los límites del entendimiento, pues el concepto de moral no esgrime queja alguna contra lo que no demuestra desafío ni agresión directa a lo que está englobado como las «buenas costumbres».

Como grupo de escritores, los Contemporáneos tuvieron siempre la agudeza de la provocación. Política, cultural y socialmente, la época que les tocó vivir en su juventud así lo requería, pues se enfrentaron a una tradición que se establecía y fortificaba, traída de la provincia y heredada de la Revolución Mexicana. Sustentaron siempre su intención de revitalizar, su visión internacional, pero no dejaron nunca de lado la valoración de lo mexicano. Sin embargo, ese afán por mirar más allá de la frontera mexicana dio pie a los enfrentamientos que se refieren; mas es entendible que ni Cuesta, ni Villaurrutia, ni cualquier otro miembro de este bando previó que la práctica de la escritura fuera a traspasar los límites de la discusión meramente intelectual.

Como resultado de este ejercicio de disputas judiciales, la consignación de *Examen* dio paso, por así decirlo, a la conclusión del largo debate literario-político iniciado años atrás, desde que los «Contemporáneos» juveniles comenzaban a trastocar los conceptos de arte y cultura implantados por el oficialismo, y que varió en ideas, propuestas y foros en el tiempo transcurrido desde mediados de los veinte, y sus huellas explican a la posteridad el esfuerzo eterno de la crítica de alto vuelo por mantener su mano asida a la libertad de expresión.

Bibliografía

Antena 1924. Monterrey 1930-1937. Examen 1932. Número 1933-1935, (Col. Revistas literarias mexicanas modernas), México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Contemporáneos I. Julio/Agosto de 1928, (Col. Revistas literarias mexicanas modernas), México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Díaz Arciniega Víctor, *Querrela por la cultura «revolucionaria» (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

La Falange 1922-1923, (Col. Revistas literarias mexicanas modernas), México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Novo Salvador, *Viajes y ensayos II. Crónicas y artículos periodísticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Sheridan Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Ulises 1927-1928. Escala 1930, (Col. Revistas literarias mexicanas modernas), México, Fondo de Cultura Económica, 1980.